

«La conducta de Carlos Dívar es un ejemplo de dignidad, ha demostrado que los jueces juegan más limpio que nadie. Más de uno debería tomar nota»

José Manuel López y García de la Serrana.
Magistrado del Tribunal Supremo

«Granada tiene buena fama como cuna de juristas, catedráticos y opositores»



MANUEL PEDREIRA

mpedreira@ideal.es

MADRID. Si la vida de José Manuel López y García de la Serrana (Baza, 1950) se resumiera en clave cinematográfica, la secuencia sería como sigue. Un niño con pantalón corto corretea por un pasillo junto a una puerta que da a la humilde sala de vistas de un juzgado de la España rural de los cincuenta. La imagen se desenfoca y cuando recupera la nitidez, un hombre pulcramente vestido pasea por los inacabables pasillos de un edificio noble y cargado de historia, sede del Tribunal Supremo. El parecido entre los rasgos del niño y el hombre no es casualidad. Son el mismo.

José Manuel nació y se crió en un juzgado, fue juez con 23 años y desde hace seis es magistrado de la Sala de lo Social del Supremo. La semana pasada estuvo a punto de ser elegido presidente de la institución. Dos votos le faltaron, una

prueba del respeto y la consideración que se ha granjeado este granadino con dos hijas, también abogadas, dos nietas y un ingeniero de caminos a punto de nacer. «Me temo que no seguirá la tradición», bromea, uno de los pocos deslices que le permite a una seriedad de la que hace gala «porque las formas son importantes», pero que pugna con una sorna que denota su origen granadino. Recibe a IDEAL en su despacho del Supremo, un lugar «con la puerta siempre abierta», y desde donde no rehuye hablar de asuntos espinosos como la condena a Baltasar Garzón, la dimisión de Carlos Dívar o la reforma laboral.

—¿Es verdad que nació en un juzgado?

—Totalmente cierto. Nací en los juzgados de Baza, donde mi padre ejerció como juez antes de ser magistrado en la Audiencia de Granada. Me acuerdo perfectamente de corretear por aquellos pasillos y de conocer a todos los funcionarios. Vivíamos en la planta de arriba del juzgado, el único que había por entonces en Baza.

—¿Y también que se quedó, junto a su madre, al frente de otros seis hermanos con sólo 17 años?

—Acababa de cumplir 18 años cuando murió mi padre y, afortunadamente, salimos adelante y los siete estudiamos carrera universitaria.

—Para que luego digan que ha llegado al Supremo por enchufe...

—Mi padre no se habría imaginado nunca que un hijo suyo iba a ser magistrado del Tribunal Supremo, la verdad. Cuando murió, apenas lle-





Serío. El magistrado granadino posa en un pasillo del Tribunal Supremo. :: MARTA JARA

vaba cuatro meses estudiando Derecho.

—¿De dónde sale esa fiebre por las leyes?

—Me crié en un juzgado, vi juicios desde niño y fui testigo del respeto que se tenía a la figura del juez por todo lo que representaba como institución, así que creo que fue una consecuencia natural. Tenga en cuenta que si yo armaba algún follón en el juzgado, los funcionarios me ‘amenazaban’ con llamar al juez, y el juez era mi padre.

—En siete hermanos, ¿no ha habido un solo disidente del mundo jurídico?

—Mi hermana Herminia es catedrática de Bromatología en la facultad de Farmacia de Granada. La consideramos la oveja negra, cariñosamente. El resto, otro era juez, que ya falleció, otro es fiscal, tengo otros dos hermanos abogados de prestigio y una hermana procuradora, que también falleció.

—Fue, con 23 años, uno de los jueces más jóvenes de España de la época, ¿por qué tanta prisa?

—No fue prisa. Las cosas se hacen cuando llegan y si fui juez tan joven fue porque empecé a preparar las oposiciones en cuarto de carrera. Un día iba por la calle con mi madre y nos encontramos a un magistrado de Granada que había sido compañero de mi padre, Antonio Hierro Echevarría, que me preguntó qué estaba haciendo. Cuando le dije que cuarto de Derecho me dijo que lo que tenía que hacer era empezar ya con las oposiciones. Yo con esa edad pensaba más en divertirme pero al final le hice caso y, mientras otros jugaban a las cartas o se paseaban buscando novia, yo estudiaba.

—Pasó siete años en Villacarrillo, donde lo sustituyó Baltasar Garzón, ¿qué opina de su expulsión?

—Los que lo han condenado tienen el despacho a diez metros de aquí y me duele hablar de este tema porque es amigo mío. Cuando eres juez, existen unas líneas rojas que no se pueden pasar y la ley tutela la intimidad de las personas, por eso lo han condenado por el asunto de las escuchas y ha sido absuelto de los otros dos temas. Eso sí, no ha existido una amadversión ni una persecución en su contra.

—Huesca, Jerez y, en el año 1990, da el salto al TSJA, ¿qué recuerda de su etapa en Sevilla?

—En Sevilla muy bien, aunque mi llegada allí fue un poco frustrante porque yo había solicitado Granada en primer lugar. Me acuerdo con morriña pero también me alegro porque pienso que si me hubiese ido a Granada, no estaría ahora aquí.

—Y de ahí, al Supremo, donde ha estado a un paso de convertirse en presidente, ¿qué le ha faltado?

—A un paso, efectivamente, porque el elegido tiene el despacho aquí al lado. La razón hay que preguntárselo a los que votan y al ministro



El magistrado, en su despacho. :: MARTA JARA

Gallardón... y hasta ahí puedo leer. Sólo puedo decir que se ha elegido a un presidente estúpido.

Una ciudad tranquila

—¿Cómo era la Granada de su época de chava en los Maristas?

—Era una ciudad muy tranquila. Si pensamos que para ir al colegio atravesaba media ciudad con cuatro niños menores que yo, que apenas tenía 15 años, imagínese. Ni circulación, ni semáforos, sólo aquellos guardias con su casco. Era una ciudad con mucho encanto.

—¿Y la de la Universidad de los rabiosos años 60?

—Tenía un gran ambiente universitario y con mucha oferta cultural que, al ser entonces una ciudad pequeña, se notaba mucho más.

—¿Qué le dice la palabra ‘Hotelitos de Belén’?

—Es mi niñez, mi infancia. Aquello era casi el extrarradio de Granada. Había un tranvía de madera que subía por la calle Molinos y llegaba más o menos hasta la puerta de mi casa. Vivíamos como en el campo. Suelos, libros, jugando al fútbol en la calle. También subíamos a la Alhambra y al Carmen de los Mártires, a pescar en los estanques, aunque eso no lo pongas, que me van a llamar furtivo, je, je.

—¿Le gusta andurrear de nuevo por el Realejo cuando va a Granada?

—Mucho, al Campo del Príncipe, que era sólo de la gente del barrio y ahora es una zona multitudinaria. Me encanta ir por allí porque son mis recuerdos.

—¿Cómo se relaja un magistrado del Supremo?

—Soy aficionado a la caza, aunque no esté muy bien visto.

—¿Por qué, acaso ya es delito?

—No, pero fíjese la que se monta por ir a cazar un elefante. Creo que los contrarios a la caza se equivocan porque gracias a los cazadores, el campo y las especies se mantienen.

—¿Sigue veraneando en Orce?

—Ya no. A raíz de mi estancia en Jerez empecé a veranear en El Puerto de Santa María y, desde que tengo nietos, mis hijas prefieren ir allí y ya no tiene uno la misma libertad para ir donde quiera.

—¿Siguen sus dos hijas la tradición jurídica?

—Sí, las dos son abogadas, una en Sevilla y la otra aquí en Madrid, aunque antes tuvo despacho muchos años en Marbella.

—En su casa sale un nieto ingeniero y, como suele decirse, le echan los perros...

LAS REACCIONES

Crisis

«La reforma laboral elimina rigideces y nos acerca a Europa»

Herencia

«Mi padre nunca se habría imaginado a un hijo suyo en el Supremo»

Garzón

«Me duele hablar de Garzón pero hay líneas rojas que no se pueden sobrepasar»

Infancia

«Crecí en los hotelitos de Belén y aquello era como vivir en el campo»

—Estamos esperándolo, je, je. Como broma, en la Facultad decíamos que ‘hasta las niñas de pecho prefieren a los de Derecho’. Una de mis hijas está casada con un ingeniero de caminos y ahora van a tener un hijo y me temo que ése va a ser ingeniero. —**En sus casi cuarenta años como juez, ¿han caído en sus manos muchos asuntos con malafollá?** —Como nunca he estado en Granada, nunca me ha caído ninguno, je, je.

—¿Cómo adquiere usted ese barniz ‘callejero’ imprescindible para cualquier juez?

—Pues estando en la calle. En Orce, donde todo el mundo te conoce, te tutea y te trata como a uno más. También en Jerez, donde hay veinte magistrados y todavía cuando se refieren al ‘magistrado’ están hablando de mí. Se consigue teniendo la puerta del despacho siempre abierta.

La reforma laboral

—Como magistrado de lo Social, ¿qué le parece la reforma laboral del Gobierno?

—Es muy controvertida y ha sido criticada pero creo que está bien. Se ha tratado de flexibilizar el contrato y es bueno eliminar rigideces, aunque haya gente que piense distinto. Nos hemos acercado a Europa. Es una falacia que se hayan eliminado derechos porque uno siempre puede acudir a un juzgado a defender sus intereses.

—¿Le parecen suficientes los 20 días de indemnización?

—Esos 20 días en los despidos por causas objetivas están en vigor desde el año 80. Con Franco, por despido improcedente se pagaban 65 días, después pasamos a 45 y ahora a 33. No olvidemos que en Alemania hay 20 y, en un mundo globalizado, para competir hay que partir de las mismas condiciones. Hay que tender a la competitividad, al valor añadido.

—Contrato indefinido, temporal, ¿no hay demasiado lio?

—Sí, pero lo importante es que la ley permita ajustar las plantillas a cada momento. Eliminar rigideces no es sólo abaratar el despido o que exista un solo contrato, también es cambiar horarios o los traslados, por ejemplo.

—¿Qué opina de la histórica dimisión de Carlos Dívar?

—Divar ha sido un modelo de transparencia y dignidad. Ha demostrado que los jueces juegan más limpio que nadie. En otros ámbitos, nadie dimite. Aquí, en cambio, un juez ha dimitido sólo por cuestionarse si había gastado correcta o incorrectamente el dinero público. Ha dado ejemplo y más de uno debería tomar nota.

—Le pido un poco de autocrítica, ¿comprende que los ciudadanos desconfían de los jueces?

—Claro que lo comprendo. En muchos juicios, ni siquiera el que lo gana queda contento porque quería más de lo que le damos. Las grandes corporaciones, sin embargo, sí están contentas y prefieren la justicia española a la de los otros países. Somos más previsibles, aunque tardemos más en resolver.

—¿Presume de granadino?

—Claro que sí. Siempre digo que soy de Graná.

—¿Cómo la ve desde la distancia?

—Con nostalgia. Sólo le hago una crítica. Vive encerrada en sí misma y por eso ha progresado menos que Sevilla o Málaga. También es cierto que los políticos le han ayudado poco y hay un déficit notable de infraestructuras.

—Desde la capital, ¿se la sigue viendo como una de las ciudades de la Justicia en España?

—Granada tiene buena fama como cuna de grandes juristas, opositores y catedráticos. Creo que es la ciudad más culta de Andalucía.

—Si un día se perdiera en su ciudad, ¿dónde lo buscamos?

—En la zona donde hemos dicho del Realejo y en el Paseo de los Tristes de noche. Me sigue dando un pellizco y me sorprende ver la Alhambra cada vez que voy.

—¿Qué hay de eso de ‘más serio que un juez’?

—Yo soy serio, lo reconozco, pero tampoco es imprescindible. Si creo que en la justicia, las formas son importantes. Los ingleses se ponen hasta peluca. A mí no me cuesta hablar de usted y lo hago porque establece una distancia que aumenta el respeto. Trato de comportarme con decoro y también lo exijo.